

IV

UN NOBLE AMIGO

Tuve algunos compañeros en la infancia; amigos, uno solo: llamábase Carlos Concha. Los primeros eran condiscípulos más o menos estimados por mí como auxiliares obligados para cuanto en sí entrañaba el pensamiento de paseos, cambalaches y picardihuelas de todo género; a Carlos le profesé desde niño un afecto verdadero, sentimiento serio y profundo, que ha perdurado en mí toda la vida, y en el cual se mezclaban y se confundían la ternura del hermano, la confianza ilimitada del amigo íntimo y el exclusivismo de quien concentra en su decisión por un solo ser, todo cuanto en su corazón se encierra de bueno y generoso.

Con Carlos, muchacho de alma noble y despejada inteligencia, contraí amistad desde los primeros años, a lo cual contribuyó decididamente la circunstancia de ser vecinas nuestras familias en Guadalajara. Faltaría a la verdad si dijera que en tal fecha y con motivo de tal o cual incidencia, me relacioné con Carlos. Apenas vive en mi memoria el recuerdo vago, la imagen casi extinta de un niño delgado, pálido, de largos cabellos dorados y lacios y ojos color de ámbar, a quien conocí no sé dónde y con quien estreché inmediatamente viva e indisoluble amistad.

Carlos era dos o tres años mayor que yo, y en lo físico nos diferenciábamos de una manera notable, quedando todas las ventajas de parte de mi amigo. En aquella época los niños guadalajerenses de buena fa-

milia no vestían con el cuasi lujo relativo que hoy se advierte en muchos de los niños de la generación actual, como que no faltan algunos en quienes el refinamiento llega hasta la posesión de botines de charol, *varita* y reloj, prendas de que en ese tiempo carecían la mayor parte de los adultos acomodados. Muy lejos nosotros de semejante prodigalidad, que nos hubiera valido la excomunión de personas timoratas: aún me parece que veo a Carlos, y pudiera decir que a mí mismo, con nuestros informes *sacos* de género ordinario, si no de coleta *cruda*, remendados por lo común; pantalones de lo mismo, acaso en peor estado que los sacos; cachucha de paño oscuro, con gran borla azul de hilos de seda retorcidos, para los domingos, o sombreros de paja de caña-brava, llamados *raspones* supongo que a causa de lo áspero del tejido o de lo burdo de la materia prima; y el pie como quiere Dios las almas: ¡Limpio y desnudo!... Pero éramos más felices que los niños de hogaño, porque había más inocencia e ingenuidad en nuestras travesuras, abrigábamos ensueños infantiles de festiva índole, que nos hacían gozar con una intensidad singular de que no dan idea ni las aspiraciones ni los entretenimientos de los muchachos del día, a quienes ha tocado vivir en una época singularmente triste.

Carlos y yo nos guiábamos por inspiraciones de ideales semejantes; amábamos los mismos divertimientos que, por lo común, no eran los que recrean a la mayor parte de los niños, sino otros de distinto género, conjunto indefinido de ilusiones inciertas y aficiones artísticas, que nos llevaba desde temprano al sentimiento y a la meditación. En muy tierna edad sentimos nacer en nosotros el gusto por la lectura, y como preferíamos los libros de aventuras y de viajes, nuestra infantil imaginación, impresionada por ese género de literatura, se complacía en vagar por los espacios de lo desconocido y lo maravilloso, forjándonos mil ensueños quiméricos, que nos prometíamos convertir en realidades cuando fuésemos *personas grandes* y, por ende, hombres libres.

¡Cuántas veces, recostados sobre las grandes piedras que cubren las orillas del Guadalajara, pasábamos las horas de la tarde divagando acerca de mil proyectos de viajes a países lejanos, cuya situación geográfica no acertábamos siquiera a precisar, en los cuales nos prometíamos aventuras sin fin... Visitar la Palestina, Egipto y el Japón, después de habernos deleitado en el conocimiento de las maravillas de París y de Roma, de que teníamos idea por los libros ilustrados que caían en nuestras manos, era para nosotros cuestión de tiempo. Un poco de paciencia era cuanto nos pedíamos para obtener el logro de nuestros anhelos: lo demás, dinero, instrucción, relaciones, valimiento etc., todo vendría como adehala en el momento preciso... ¡Oh! ¡Cuán felices éramos, mecidos en nuestros ensueños infantiles por la suave y cariñosa mano de la ilusión! ¡Cuán hermoso veíamos el mundo al través del prisma mágico y deslumbrador de la esperanza, y con qué fe tan vigorosa aceptábamos como realidades los espejismos de nuestro soñado porvenir!...

Las gentes que, por casualidad, pasaban cerca de nosotros y atrapaban al vuelo algunos retazos de esas telas riquísimas, producto de nuestra fantasía que ella bordaba con perlas y diamantes de aguas y orientes exquisitos, "¡pobres muchachos!" decían con acento de profunda lástima, ofuscadas por ese materialismo incurable que forma el fondo de la organización moral de la mayor y, quizás, de la mejor parte de los habitantes de estas comarcas: "¡Están locos! Las *novelas* les tienen trastornado el seso. ¡Cuando sean hombres no servirán de nada, porque no sabrán ganar un centavo!"

¡Insensatos! ¡No sabían ellos cuánto y cuán puro goce se encerraba para nosotros en esas inocentes concepciones, que no eran sino la flor de nuestras candorosas almas destinadas por el querer de Dios a sentir de una manera diferente de como ellos sentían!

Carlos y yo nos resignábamos con dificultad a estar separados, y no transcurría un solo día sin que fuésemos juntos al baño y al paseo, por lo cual se nos había apellidado *los inseparables*. También nos reunía-

mos diariamente para leer nuestros libros preferidos: *Robinson Crusoe*, *El último Abencerraje* o *Las veladas de la Quinta*.

Para efecto del baño era indispensable recabar permiso de nuestros padres, requisito sin el cual no nos atrevíamos a ir al río, temerosos de la reprimenda consiguiente a la falta de cumplimiento de esa demostración de deferencia a la autoridad paterna, una vez que nuestros cabellos húmedos y otros indicios visibles habían de denunciarnos indefectiblemente. En tal circunstancia ocurrían siempre incidentes curiosos. Carlos se encargaba de solicitar el permiso para mí, y yo daba el mismo paso respecto de mi amigo. Entrábamos temblando (él o yo, según el caso) en la habitación de nuestros respectivos padres, y después de un saludo muy ceremonioso:

—Señor doctor, decía yo, si era a mí a quien correspondía el turno de la solicitud; ¿me hace usted el favor de dar permiso a Carlos para que vaya a nadar conmigo y?...

—Muy bien, amigo, respondía el padre de Carlos, caballero muy respetable y grave; vayan ustedes al baño, pero, cuidado con el retozo, el sol, las travесuras...

Estas últimas palabras eran perdidas para nosotros: cuando el digno señor las pronunciaba, ya estábamos lejos. Llegábamos jadeantes al río; nos despojábamos rápidamente de la ropa; nos echábamos un relámpago de bendición, y, desnudos como la mano, ¡suas! al charco de cabeza, sin vacilaciones ni remilgos. ¡Cómo zabullíamos de lo lindo en las diáfanas ondas, *echando resuellos* prolongadísimos, dándonos *caimanazos* y ejecutando otras mil diabluras de la laya, que nos dejaban exánimes cuando terminaba el baño!... Pero la reacción viene pronto, después del esfuerzo debilitante, en la edad dichosa de la niñez, y trascurrida media hora sólo sentíamos el resultado favorable de aquella gimnástica acuática.

Nada de lo que yo pensara o hiciera me parecía acertado en tanto que no fuera aprobado por Carlos;

y como en la mayor parte de las cosas opinábamos de idéntica manera, sobre todo en cuanto se relacionara con lecturas, paseos, simpatías por estas o aquellas personas, rara era la circunstancia en que él o yo proyectáramos o lleváramos a efecto algo que no hubiera sido sancionado por ambos.

De vez en cuando reñíamos, no obstante el grande afecto que nos vinculaba, pues habría sido raro que nuestra edad perdiera sus peculiaridades características; y en esos casos, nuestras rencillas, que nunca, ¡oh, nunca!, llegaron a vías de hecho, fueron el resultado lógico del mismo cariño que nos profesábamos, como que provenían de algo así como *celos* que nos sugería la sospecha de que el uno o el otro prefiriera con su amistad a alguno de los condiscípulos. Pero si nuestras desavenencias eran penosas y nos hacían padecer mucho, por lo mismo que eran una consecuencia natural del afecto que nos unía, en cambio la reconciliación era fecunda en emociones gratas y generadora de goces indecibles, así como de escenas cómicas, que servían de gran diversión a nuestras familias y conocidos.

Así como no recuerdo cuándo ni de qué manera se iniciaron mis relaciones con Carlos, tampoco hago memoria de cómo ni con qué motivo nos dirigimos la primera carta, principio de una correspondencia epistolar que sólo la muerte, esa inexorable segadora de existencias, pudo interrumpir. Pasan de doscientas las cartas que constituyen el legajo precioso de las misivas de aquel inolvidable amigo, que guardo solícito, como tesoro de altísimo valor. Aunque algunas de esas cartas remontan a principios de 1861, no se encuentran entre ellas las primeras que me dirigió a "La Isla", en años anteriores, porque se extraviaron en alguno de mis viajes. Esa correspondencia debió de principiar durante mis prolongadas permanencias en la hacienda; y desde entonces resaltaban en ellas las demostraciones vehementes de una amistad sincera y leal, que largos, muy largos años, con su inevitable cortejo de desengaños y decepciones, de luchas ince-

santes y duelos terribles con la suerte, no pudieron debilitar; que ni la misma muerte, ¡ay! prematura y cruel, pudo extinguir.

El carácter de Carlos y el mío no eran enteramente semejantes, y acaso en esa divergencia de índoles se encontraba el secreto de la vehemente simpatía que vinculaba nuestras almas. Esto, que estimado de pronto, presentaba el aspecto de una paradoja, constituye, por el contrario, un hecho muy común en el orden de todos los afectos humanos. En medio de las bellas cualidades que hacían de mi amigo un caballero cumplido, en la más elevada acépción del término, observábase que era un tanto inclinado a la ironía, no porque gozara con el ridículo en que pudiera colocar con sus palabras a otro hombre, sino porque su desbordante imaginación, dada con intemperancia al cultivo de la hipérbole, lo llevaba de una manera irresistible al campo de la sátira aguda pero culta, siempre inofensiva, y que, bien visto, era más bien la expresión franca, aunque inconveniente, de su modo de ser, que la consecuencia de un propósito deliberado de herir el amor propio de sus prójimos. Sin embargo, muchas gentes, de esas que nunca pasan del examen de la superficie en las personas o en las cosas, cuando se trata de formar juicio, y que, por lo mismo, no supieron o no pudieron comprender aquel noble carácter, echaron a mala parte sus geniales franquezas, a las veces, precisa confesarlo, un tanto rudas, pero nunca agresivas ni malignas; y ofuscadas por engañosas exterioridades, propias para extraviar el criterio de personas prevenidas, incurrieron en el grave error de juzgarlo desacertadamente, estimándolo como un espíritu ligero y burlón.

Pero, al lado de las tenues sombras que señalo, ¡cuánta luz! En cambio de insignificantes defectos, ¡cuántas, cuán valiosas y, sobre todo, cuán raras prendas! Penetrado de la alta significación de ese nobilísimo sentimiento que se llama amistad, era Carlos en sus relaciones la personificación de la hidalguía, de la lealtad y del desprendimiento. Nunca pasó

por su mente la idea de una mala acción, y jamás tuve motivos para creer que en su noble alma se albergasen odios o rencores. Cuando por casualidad tenía diferencias con alguien, consecuente con la fogosidad de su imaginación se exaltaba en los primeros momentos, y la vehemencia de su modo de ser hacía evidente el disgusto que la ocurrencia le produjera; pero pasadas las primeras impresiones, prescindía de lo que hubiera podido irritarlo y llevaba el sentimiento cristiano del perdón hasta la generosidad del olvido.

Distinguíase Carlos por el acendrado afecto que profesaba a su familia, de la cual fue valiosísimo ornato y el más honroso timbre en todo sentido. El era de esos hombres que, por su inteligencia y por su corazón, bastan ellos solos para ilustrar un apellido: meteoros fugitivos que brillan un instante y se extinguen después, sin dejar otra huella de su paso por el cielo de la vida que la estela luminosa de su talento y sus virtudes.

Mucho más avanzado que yo en conocimientos de todo género, desde muy temprano figuró como uno de los alumnos más aprovechados del Colegio Académico de Guadalajara, en momentos en que yo era apenas un mal discípulo de una escuela de segundo orden; y desde entonces mostraba Carlos mucha decisión por los estudios serios en que después descolló, y traducía el *Telémaco* y hablaba de geografía y matemáticas con una soltura y precisión que nos dejaban pasmados.

Cuando Carlos tuvo veinticinco a treinta años fue un joven elegante, esbelto y delgado; con hermosa y abundante barba rubia y altiva cabeza, que recordaba con sus guedejas largas y doradas la del revolucionario bávaro Carlos Luis Sand; verboso y nada encogido en sus maneras, si bien es cierto, no se distinguió nunca por lo extremadamente fino. Exagerado en todos sus sentimientos, a fuer de hombre impresionable, cuando amó, lo hizo con singular exaltación; y en las veces que la noble pasión conmovió su alma e inspiró su mente, erigió altares donde adoró con vehemencia de poeta a la mujer preferida, sirviéndose, para hablar-

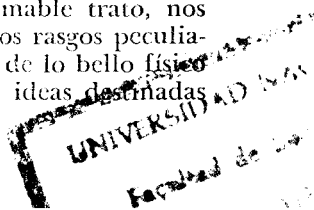
la, de las locuciones más expresivas, de los vocablos más pomposos del opulento vocabulario del amor. Jamás jugó ni se embriagó; comprendió como muy pocos hombres los fines serios de la vida; hizo siempre del cumplimiento del deber y del respeto a la ley ineludible del trabajo el culto de su existencia, y si no hubiera sido generoso, acaso hubiera muerto rico.

No siempre vivimos bajo el mismo cielo Carlos y yo en el curso de nuestra existencia de jóvenes; pero aunque nos separaban centenares y aun miles de leguas, no dejábamos de pensar el uno en el otro, y en esas circunstancias cambiábamos frecuentes y extensas cartas, expresión palpitante de los diversos sentimientos que en la ausencia mantenían vivo el calor de nuestro afecto. De la república del Ecuador, del Bajo Chocó y de Popayán, comarcas en donde residió largas temporadas, llevado de su amor al trabajo, ya como comerciante, ya como notable profesor de filosofía e idiomas extranjeros en la universidad de la capital de nuestro departamento, me escribía Carlos interesantes misivas, redactadas siempre con la brillantez de forma y abundancia de conceptos serios y sustanciosos que eran propios de su manera de producirse por escrito. No puedo resistir al deseo de copiar al acaso, de una de las cartas que me dirigió de la ciudad de Quibdó, los siguientes fragmentos, que demuestran la solidez de su criterio y dan una idea exacta de lo bien conformado de su cultivado espíritu y de la nobleza de sus sentimientos:

“.....
 ¡Cuán cierto es, amigo mío, que en el hombre queda siempre mucho de lo que fue en sus primeros años y que las primeras impresiones que hicieron vibrar su alma virgen, permanecen eternas, vigorosas y nuevas al través de la cambiante e interesada sucesión de hechos que constituyen la vida en la edad madura! Cuarenta años cumpliré muy pronto, y muchas y variadas impresiones he recibido en la tercera parte de esta posible mitad de mi vida, sin que todas ellas hayan dejado tras sí más huella que el fugitivo y pálido bos-

quejo de un sueño; mientras que las primeras recibidas en la edad blanda, fácil y espontánea de la niñez, en esa aurora de la existencia en que los sentimientos no nos han transmitido impresiones depravadas, ni la razón ha manchado con concepciones estrechas y egoístas el límpido cristal de nuestra alma, sobrenadan con tenaz eficacia y exhiben pura, íntegra y luminosa su silueta, al través de las múltiples y confusas visiones del presente.

“No es ésta una simple consideración, aplicable tan sólo a nuestra amistad, que me la ha sugerido y en homenaje a la cual la escribo, sino una observación trascendental y de aplicación eficaz para la importante formación del hombre en lo que respecta a su carácter, a sus hábitos y a todo lo que sintetiza la palabra educación. Si los hombres somos susceptibles, cuando niños, de sentir, comprender y asimilarnos el instintivo sentimiento de la amistad, hasta el punto de crear-nos una necesidad imprescindible y formar con él un lazo tan fuerte y sagrado como el que existe en las íntimas y naturales relaciones de la sangre, ¿por qué los padres y los institutores, por medio de la paciente observación y de métodos adecuados, no explotan esa primera disposición y ofrecen, bajo la forma atractiva del sentimiento, todos aquellos principios y verdades que encarnan el mundo moral y social y constituyen después el amplio y obligado escenario donde debemos maniobrar como seres activos, inteligentes y libres? . . . ¿Por qué no se nos hace amar en buena hora el deber, la verdad, el bien, lo justo, lo bello y demás ideales que entrañan los principios absolutos, que son como el centro inmutable alrededor del cual gira la vasta esfera del mundo moral, así como gustamos, fácil y espontáneamente, en la risueña edad de la escuela, de la sociedad de aquel o aquellos condiscípulos que por su continente simpático, similitud de gustos, noble carácter, despejada inteligencia o amable trato, nos atraen y nos revelan confusamente los rasgos peculiares de lo verdadero, de lo perfecto y de lo bello físico y moral: rasgos que corresponden a ideas destinadas



a ser apreciadas más tarde por nosotros, en su justo valor?

“Muy adelantado andaría el camino de la educación del hombre y muy distintos los horizontes que se ofrecieran hoy a las miradas de la humanidad, en su anhelosa marcha hacia el ideal de perfeccionamiento y bienestar, si ese método natural, que se deriva de la esencia misma de las cosas, se pusiera en tela de estudio y se aplicara después para modelar la inteligencia en su primer albor; porque entonces blandamente impresionados por aquellos sentimientos que envuelven, como en cubierta dorada, esos principios y verdades, los seguiríamos en lo sucesivo naturalmente; y obedeciendo sus preceptos con el mismo espontáneo entusiasmo con que abrazamos a un viejo amigo de escuela, y hacemos de su compañía una fiesta del corazón, veríamos acabarse las vacilaciones y las dudas en el sendero del deber; desaparecerían los cálculos y las aritméticas inventadas para justipreciar las acciones humanas, no presenciariamos hechos tan alarmantes y escandalosos como el crimen de “Los Alisos”, y, ¡quien sabe!, acaso llegaríamos a acercarnos a la realidad del bello ideal contenido en esta importante interpelación de Madame Adam (Juliette Lambert): (1) ¿No podremos prever el día en que la ciencia social éntre en el orden de los sistemas físicos que se desarrollan sin contradecirse?...”

En otra carta escrita en 1899 me decía, a propósito del debatido tema de la novela moderna:

“.....
¿Pero, es la novela el único género literario en el que el genio, la inspiración, el arte, la poesía, la imaginación, el sentimiento, en una palabra, todas las fuerzas vivas de la inteligencia y del corazón, puedan y deban manifestarse? ¿Sólo en la novela, en el drama o en el poema lírico, tratados a la manera *realista* que prima hoy, encuentra una inteligencia sedienta de verdad y de belleza, pasto abundante y sabroso con que

(1) La Revue Bleue.

nutrirse y recrearse? Paréceme que no, amigo mío. Actualmente leo la obra magistral de D^a Emilia Pardo Bazán, *San Francisco de Asís*, y te aseguro que en ningún otro libro, llámese novela, drama o poesía, he encontrado más numen, más belleza, más arte, más interés y más deleite que en ese sublime alumbramiento de una inteligencia femenil. ¿Qué cosa, en efecto, más árida y desalentadora, aparentemente, que el estudio del siglo XIII, siglo de la Edad Media y de la Escolástica, y sin embargo, cuál más poética, artística y al propio tiempo interesante, que la disección que esa inteligencia privilegiada hace de aquel portentoso período histórico de luchas titánicas, intelectuales y materiales, en las que el valor del corazón y el vigor del espíritu se elevaron a alturas que no alcanzamos ya; en figuras como Carlo Magno, San Luis, Godofredo de Bouillon, Ricardo Corazón de León, Federico Barbarroja y mil más, entre los reyes guerreros, a quienes movía en sus empresas atrevidas, ya la fe religiosa, ya la ambición, o simplemente el heroísmo caballeresco, peculiar a las edades jóvenes de la humanidad, por una parte; y Alberto el Grande, Dunsio Escoto, Alejandro de Hales, Rogerio Bacon, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, San Francisco de Asís, Raimundo Lulio, Ockam y mil más, que forman la pléyade de filósofos y sabios, y, mejor que todo, santos, que, penetrando en los arcanos del mundo moral y del material, consumieron su vida en el estudio profundo de verdades que hoy son nuestro patrimonio y nuestro consuelo; todos a la sombra de ese grupo de Papas contemporáneos, filósofos y sabios como ellos, que supieron dar aliento y vida a aquel vertiginoso movimiento del espíritu en pos de la verdad científica, y de la más importante y trascendental para la humanidad, la verdad religiosa? ¿Cabe asunto más serio y que, al propio tiempo, mueva más noble y dulcemente la pluma de un pensador, así como que interese más a fondo la inteligencia, el gusto y la dignidad del lector? . . . Este libro no está firmado por Bourget, ni por Zola, ni por Onhet; ni se ocupa de los amores adulte-

rinos de Luis Enault con la cortesana Olimpia Olifant, ni estolideces y perversidades de ese jaez; y sin embargo, ¡cuán bello y atrayente es, y cuán útiles enseñanzas deriva el espíritu de su lectura!

“La monumental *Historia de Francia*, por Michelet, dista mucho de ser novela, y no por eso deja de constituir uno de los libros más artísticos y poéticos que hayan salido de las prensas francesas.

“La obra de Víctor de Laprade, *Questions d'art et de Monde*, que tú conoces, tampoco se ocupa en ‘la sublime ficción de lo sublime’, como, con más elegancia que verdad, denominas el género literario de que trato; y no obstante esto, apenas habrá un libro que interese más, que mueva más a fondo el espíritu y el corazón del lector, así como que aquilate más el gusto y enseñe mejor a apreciar en su justo valor el espíritu y las tendencias de la moderna escuela literaria y de sus afamadas obras.

“Mil ejemplos pudiera citarte de autores que, sin ocupar su talento y sus trabajos en la triste tarea de disecar el corazón humano para extraer de él todo lo que tiene de bajo y de vil, no con piadoso propósito, sino con la satisfacción satánica de mostrarlo al público, realizado con los atavíos del arte, como asqueroso gusano engastado en oro; así como en escudriñar la escandalosa y repugnante crónica del *demi-monde* parisien-se, para darla como pasto a la sociedad actual, produciendo males que hoy deplora Francia, así como la latente revolución moral y social que, mas o menos disimulada, hierva en el fondo de las sociedades americanas; autores que saben inspirarse en mejores fuentes, que tienen el más sano y elevado propósito de ennoblecer el arte, haciéndolo servir como de esmalte a la verdad, al bien y a lo bello; en una palabra, que saben dignificar el espíritu humano, al propio tiempo que lo consuelan y deleitan, estimulando los nobles instintos que guarda el alma, encerrados en ella como en cofre de oro por la mano generosa de Dios.

“Lejos, pues, de creer que el arte literario en todas sus manifestaciones deba velarse la faz en señal de

duelo, y de que los escritores modernos de todo género deben romper sus plumas y mutilar sus liras por haber de renunciar a la infecunda, si no criminal, labor de empequeñecer al hombre, enseñándole, con sus accidentales extravíos, que más se acerca a la bestia que al ángel, cuando lo contrario es lo cierto, porque Dios hizo al hombre con sus propias manos y le imprimió en la frente el sello indeleble de su grandeza y de su origen divino, creo más bien que el arte literario reviviría y cobraría nuevas y mejores galas, y los escritores modernos más brillo y más renombre, si, dejando de lado el estudio y la pintura de lo feo, de lo pequeño y de lo repugnante, consagrasen sus plumas y sus plectros a describir y a ensalzar los encantos de la virtud; los triunfos consoladores de la moral cristiana; las acciones nobles y generosas, no escasas en la prole simpática de Adán; el amor puro y sencillo a la manera de nuestro Isaacs y de Bernardino de Saint-Pierre; los arcanos y progresos de la ciencia; en una palabra, todas esas luchas generosas que se ha impuesto y se impone la humanidad, en su afán de alcanzar un ideal de perfección anhelado y perseguido.

“Cuando esto se propongan los que hoy tienen la pretensión de llevar en alto la bandera del arte literario, porque escriben libros que alcanzan cien ediciones, y devora medio millón de lectores que, me atrevo a afirmar, no pertenecen a la clase escogida de los que cultivan la lectura con el laudable propósito de llevar a su mente algún conocimiento útil y a su corazón un sentimiento generoso que contribuya a desarraigar las malas pasiones que, por desgracia, se aposentán en nuestra alma, como las malas yerbas entre las flores de un jardín, entonces, y sólo entonces, tales escritores tendrán derecho a disputar la palma del arte a aquellos que luchan con más altos fines y más nobles y honrados propósitos, en las grandiosas lides literarias. Entonces, y sólo entonces, sus nombres alcanzarán la inmortalidad, que sólo se conquista al arrimo de la verdad, y sus obras sobrenadarán en el naufragio que forzosamente ahoga, al fin de todo período literario,

aquellos trabajos de la inteligencia que no han merecido, por su utilidad e importancia, la gloria de ser el patrimonio intelectual de la humanidad.

“En resumen, creo que la inteligencia humana, aplicada al trabajo de la composición de obras literarias, debe proponerse siempre algún objeto útil y trascendente; tener como fin, enriquecer la razón con nuevas y sanas ideas y con doctrinas saludables, que tengan por resultado mejorar de algún modo la triste condición humana, ya sea colectiva, ya individualmente.

“Aplicada al objeto exclusivo de distraer y amenizar la vida, haciendo uso para esto de la imaginación y de los demás recursos estéticos de la inteligencia, a la novela, en fin, debe proponerse también, deleitar instruyendo; estudiar las nobles tendencias nativas que guarda el alma, para provocarlas en la conciencia de los hombres, encerrándolas en cuadros pintorescos que contribuyan a dar realce a lo que de suyo es bello, a fin de hacerlo más amable y digno de imitación. Adoptar el camino contrario, es decir, estudiar el mal, tomándolo como punto de partida para llegar al conocimiento y al amor del bien, es pecar contra un principio de lógica bien conocido y por demás verdadero: ‘no se llega nunca a un principio moral por su contrario’. El mal nos repugna, nos choca; sin que por esto, y por esencia, tenga él la eficacia de llevarnos al bien. ‘La teoría *del arte por el arte*, es el suicidio del arte’, he leído en no sé qué libro que se ocupa en el estudio de las artes plásticas: me parece que este principio de alta crítica puede también aplicarse al arte literario.”

En carta posterior se expresaba Carlos así:

“... Después de escrita mi última carta, ¡cuántas cosas han pasado por mí! Figúrate que he entreverado las vacantes de la Universidad leyendo a *Pedro Sánchez*, de Pereda; a *Pepita Jiménez*, de Valera; y que ahora estoy embebido en los *Juicios críticos*, de D. Pedro Antonio de Alarcón, mientras llega el momento de solazarme con Pérez Galdós, vellocino de oro que

persigo y que me tiene desquiciado de cascos. *Pedro Sánchez* me gustó sobre toda ponderación; *Pepita Jiménez* hasta la mitad (alguna vez te diré por qué) y de los *Juicios críticos*, no hay palabra ni letra que la informe que no me parezca obra maestra.

“Acá entre nos y muy en reserva, te diré que yo no sabía qué cosa era la lengua castellana. Hablándola a la diablo, oyéndola hablar ídem, escribiéndola peor y leyéndola en los periódicos de Colombia, me había supuesto que toda ella la constituía esa jerga vulgar, compuesta de palabras y frases vaciadas en molde, de que todos aquí hacemos uso. Item más: habituado de tiempo atrás a leer y enseñar francés, creía honradamente que era éste el idioma propio y exclusivo del hombre civilizado; y que no se podía expresar con precisión y elegancia un pensamiento, sino vistiéndolo con las palabras y giros que forman la lengua en que hablaron y escribieron Corneille y Racine. ¡Qué engaño el mío! Después de leer las obras españolas que te he citado, y sin conocer todavía las clásicas de la edad de oro de la literatura castellana, ¡cómo he cambiado de creencia, y cómo he gustado y palpado la superioridad de nuestra suelta, rica y sabrosa lengua, sobre la francesa, sinuosa, recargada de partículas, caprichosa en su sintaxis y plagada de pleonasmos estúpidos! Basta traducir un trozo de francés al castellano para comprender la diferencia, así como para tocar, junto con las dificultades nacidas de tanta palabra ociosa con que se recarga el francés, la limpieza y, por lo mismo, la superioridad de nuestra lengua sobre aquélla. No quiere decir esto que el idioma francés no sea un idioma hermoso: lo es, y tiene aptitudes especiales para la filosofía, para las ciencias y para la literatura; pero en todos estos terrenos la supera en mucho la que nosotros poseemos, sin conocer sino a medias.”

En otra carta, al hablarme de lo hermoso de la estación del verano, en Popayán, me decía:

“ ¡Si vieras cuán bello está el tiempo y cómo promete estarlo para julio! Por la mañana amanece el

cielo perfectamente azul, pero de un azul que no conocen en el Valle. Sólo la cimera de plata del Puracé, corta y domina en ese momento, por el lado del oriente, la cúpula del firmamento. Más tarde, ligerísimas nubes, que semejan velos de tenue gasa, se desenvuelven bajo el azul del cielo, sin ocultarlo todo. Una aura fresca y tónica circula por todas partes, juguetea con las flores, les roba la esencia de sus aromas, y así, rica de vida, se introduce suavemente en el organismo para darle salud, vigor y bienestar. El sol, que desde muy temprano se ha mostrado, dora literalmente, sin calentar todavía, la ciudad y sus bellos contornos. Entonces hay una verdadera fiesta de luz y de colores en toda la naturaleza; y un paseo a Belén, al Camellón o al Ejido no tiene rival para el encanto de los ojos y para la salud del cuerpo y del alma. Es imposible que haya otra parte del mundo en donde el sol acaricie con más amor las plantas, los árboles y todos los relieves de la tierra, como en esta privilegiada región. Los sauces, sobre todo, los esbeltos sauces parece que lloran oro de sus hojas, y como que sienten la felicidad que les imprime el beso matinal del Padre de la luz. . . .”

Con el correr de los años y por ministerio de mil vicisitudes, llegaron para mí días de terrible prueba, en los cuales me pareció que el cielo de la esperanza me había cerrado para siempre sus doradas puertas, y que simas sin fondo abrían sus formidables antros para ahogarme en ellos. ¡Cuánto padecí entonces, Dios mío! . . . Entonces fue cuando supe quién era el amigo, casi pudiera decir, el hermano que en Carlos me deparó la Providencia. Al tiempo en que otros titulados amigos se alejaban de mí como de un pestífero, llamándome, quizás, *pervertido*, cuando no era sino *desgraciado*, Carlos, solícito como pocos, indulgente y afectuoso, sin mostrarse, por eso, cortesano de la debilidad, supo reanimar mi espíritu, confortar mis desfallecimientos, sostenerme en mis dudas y vacilaciones; y sacerdote inspirado de ese culto verdaderamente sublime que se llama amistad, ungió mi frente mar-

chitada por el dolor con el óleo santo del cariño, y trajo a mis labios, en la hora postrera en que todo me inducía a creer que el genio del mal iba a hundirme en la nada, la comunión excelsa de la esperanza que regenera, el bálsamo precioso del consuelo, que en copa de oro ofrece a los desventurados el ángel de la compasión! Bendita sea tu sagrada memoria, ¡oh noble corazón que desde los albores de la existencia me hiciste comprender que la verdadera amistad no es un mito!... ¡Bendita sea tu memoria, gallardo paladín de la sinceridad y de los más puros sentimientos humanos! ¡Si cien años me fuera dado existir, en ellos, y aún más, tu recuerdo querido moriría en mi mente como inextinguible aroma que colmaría de fragancia las horas de mi estéril vivir!

Como antes dije, Carlos vivió largos años separado del valle nativo y del caro hogar paterno; dondequiera que residió se hizo conocer y estimar como hombre inteligente, útil y benévolo; no tuvo nunca un solo enemigo, circunstancia que habla muy alto en pro de su valor moral, por ser muy rara en nuestros tiempos de exacerbación de pasiones y rencores implacables; y cuando formado ya para una vida que tan provechosa habría sido para nuestra sociedad, acababa de unir su bello destino al de una joven hermosa, buena y distinguida que vinculada a él por el lazo de flores del amor, habría hecho de su existencia un cielo y de su hogar un nido de palomas abrigado por el ala de los ángeles, la muerte, ¡ay! ¡la inexorable muerte! a quien nada detiene, ni virtud, ni belleza, ni juventud, segó en botón la flor preciada de tan risueñas esperanzas y arrebató de nuestro lado para siempre, no sólo al amigo querido, sino también a su dulce y tierna *María*, que no tardó muchos meses en seguirlo al sepulcro!... ¡Oh misteriosos arcanos de la vida!, o más religiosamente dicho, ¡oh impenetrables designios de la Providencia! Extraño destino el de ese noble joven, nacido, sin duda, para cosechar los frutos bien sazonados de una existencia de abnegación y sacrificio, apoyada en sus más prometedoras esperanzas

por la mano violenta de la muerte, cuando los risueños mirajes de un futuro de dicha deslumbraban su mente soñadora!

¡Cuántas veces, después de muerto Carlos, en el curso penoso de una vida sin desahogos, forzado a pasar días y años en medios sociales que no satisfacían las aspiraciones de mi alma; cuántas veces, repito, he echado de menos las gratas efusiones, las confidencias íntimas, las concepciones elevadas y generosas de aquella organización delicada y selecta!... ¡Qué contraste!... ¡Y hoy, en la madurez de la existencia, sin más alivio para el espíritu que el que procura el recuerdo de los tiempos felices, oprímese conmovido mi corazón cuando recorro melancólico los mismos sitios, las mismas calles, los lugares mismos, solitarios y mustios, cuanto alegres y animados ayer, que Carlos y yo frecuentábamos en los días de la infancia y la juventud!